

Los textos que a continuación presentamos a modo de dossier quieren hacer reflexionar a las bibliotecarias y bibliotecarios sobre los peligros que acechan a nuestras bibliotecas ante la omnipresente globalización. En el artículo *Nosotras red(volucionarias) a como tejer una RED que haga bibliotecas menos excluyentes*, Javier Pérez Iglesias denuncia el trasfondo político de las decisiones y opciones que las bibliotecas toman en su actividad diaria y cómo las bibliotecas no pueden permanecer ofreciendo servicios a una minoría e insensibles ante las necesidades de una parte de su público, es una arenga al activismo bibliotecario. En *Chicas listas, tres bibliotecarias de cine* Abigail Leah nos muestra, a través de la ficción cinematográfica, un poderoso contraejemplo a un mundo (no sólo el cinematográfico) en el que la tradición manda que la inteligencia de las mujeres sea devaluada. Además nos muestra

cinco sitios en la Red que ponen de manifiesto un abanico de comportamientos, creencias y obsesiones de las bibliotecarias mucho más amplio del que estamos acostumbrados a ver en los medios de comunicación. En *Street Librarian, derribando fronteras* Catalina Pérez y Gonzalo Lara también nos hablan de activismo bibliotecario, el del americano Chris Dogde y el del Círculo Mexicano de Estudios Progresistas en Bibliotecología. Luego a continuación presentamos tres documentos de la IFLA, *La posición de la IFLA, sobre la Organización Mundial del Comercio, Declaración de la IFLA sobre bibliotecas y libertad intelectual* y el *Manifiesto sobre Internet de la IFLA*, que pueden servir para la reflexión en torno al futuro-presente de los servicios bibliotecarios y ayudar a construir una muy necesaria postura crítica y analítica en la comunidad bibliotecaria respecto al entorno social en el que se enclava.

Otras bibliotecas son posibles

coordinado por M^a Antonia Ontoria



Nosotras red(volucionarias)

O como tejer una RED que haga las bibliotecas menos excluyentes

Javier Pérez Iglesias

NOSOTRAS [personas bolleras, maricas, transexuales, disidentes, inmigrantes, disconformes, gitanas, extravagantes, exiliadas, petardas, amantes de las músicas raras, de los libros publicados hace años, fanzineras, punkis, siniestras, raperas, activistas, antiglobalizadoras, antifascistas, *queer*, no blancas, no cristianas, tatuadas, piercinadas, teñidas, anticapitalistas, anti-prohibicionistas, okupas, ...] (1) que trabajamos en una biblioteca queremos ofrecer a nuestras usuarias [personas bolleras, maricas, transexuales, disidentes, inmigrantes, disconformes, gitanas, extravagantes, exiliadas, petardas, amantes de las músicas raras, de los libros publicados hace años, fanzineras, punkis, siniestras, raperas, activistas, antiglobalizadoras, antifascistas, *queer*, no blancas, no cristianas, tatuadas, piercinadas, teñidas, anticapitalistas, anti-prohibicionistas, okupas, ...] espacios de identificación, herramientas de lucha, comunidades virtuales y servicios de referencia útiles para enfrentar a una sociedad enferma.

NOSOTRAS [personas conectadas a Internet, bibliocyborgtecarias, usuarias de las tecnologías de la comunicación, trabajadoras de la información, defensoras de los servicios públicos, siempre atentas a las necesidades de nuestras usuarias-clientas] vivimos en el Estado Español o en esa mezcla de comunidades autónomas llamada España con sus lenguas, tradiciones y situaciones socioeconómicas tan diversas. Una cosa nos une, además del pasaporte, por esta circunstancia: nuestras bibliotecas no son lo que hemos visto en otras partes, no son lo

que nos cuentan que tienen que ser en la teoría (léase facultades, escuelas, manuales, manifiestos) y nuestras usuarias no encuentran lo que necesitan en ellas. Eso si se les ocurre que una biblioteca es un buen sitio para buscar.

NOSOTRAS [personas navegadoras y relativamente conocedoras de la lengua inglesa, o sea inquietas] buscamos por aquí y por allá y encontramos discursos, propuestas, gritos, carcajadas, escupitajos, patadas en la espinilla de la buena conciencia, exabruptos, buenas ideas, ejemplos de cooperación, trabajos solidarios. Es decir, asuntos profundamente bibliotecarios que nos interesan a nosotras y a nuestras usuarias-clientas (2) y a nuestras usuarias-clientas potenciales que siempre son más.

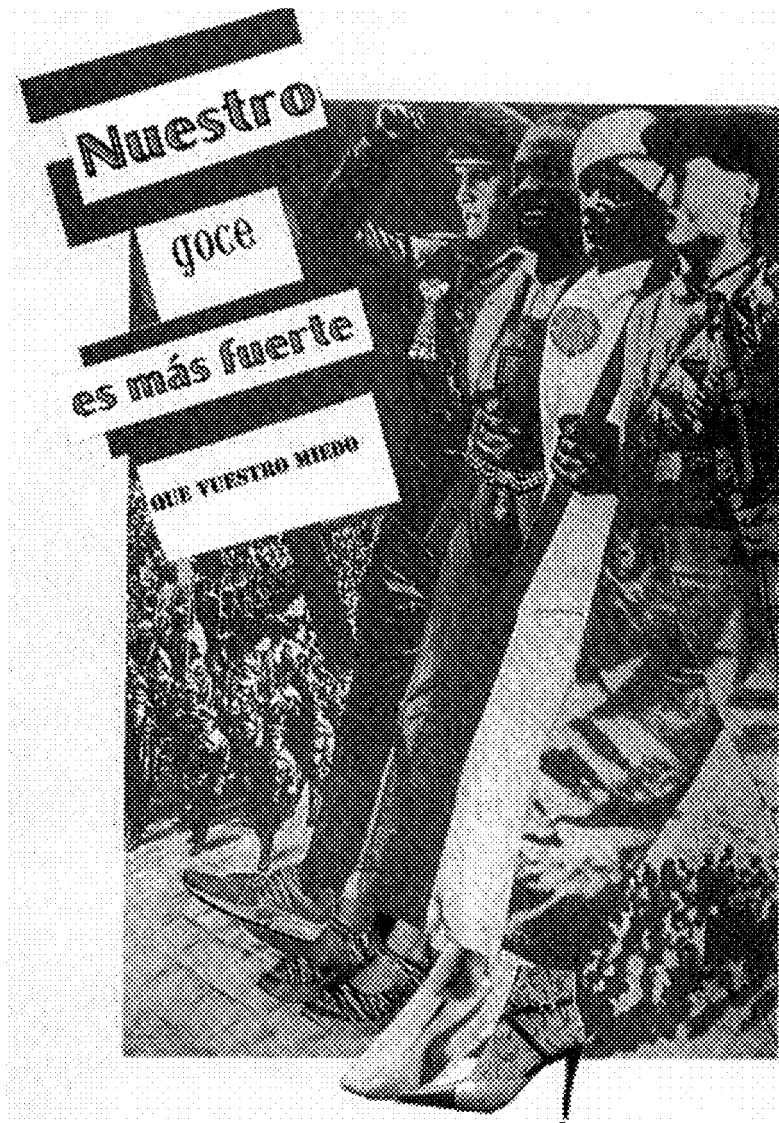
NOSOTRAS [argonautas quisquillosas, amantes de los viajes, tránsfugas] hemos localizado páginas Web, listas de discusión, revistas electrónicas, proyectos de edición en Internet y otros artefactos que plantean que la adquisición y la selección de materiales para una biblioteca, la catalogación y la clasificación de los fondos, los servicios que se implantan para atender, o no, las necesidades de las usuarias-clientas y cualquier otra actividad bibliotecaria, implican decisiones y opciones que tienen un trasfondo político.

La lucha por la información es la lucha por la libertad

El derecho a la información está en la base de los principales manifiestos y declaraciones que se refieren a las bibliotecas

públicas. Pero ¿por qué no hacerlo extensivo a todo tipo de bibliotecas? La actual división entre bibliotecas públicas, escolares, universitarias, especializadas, etcétera, es, como tantas taxonomías, una forma de encasillar que esconde un ideario reaccionario. NO decimos que no haya motivos estrictamente profesionales para tales divisiones, pero SÍ que estas categorías pueden tener, y tienen, consecuencias restrictivas a la hora de acceder libremente a la información. Más allá de sus justificaciones profesionales y prácticas lo que hacen es instaurar un sistema de funcionamiento con un marcado carácter reaccionario. Por ejemplo, las bibliotecas de las universidades, y de otros centros de enseñanza con titularidad pública, forman parte, o deberían formar parte, del sistema bibliotecario y, en principio, no hay ningún motivo para que no puedan hacer uso de sus recursos todas las personas que puedan necesitarlos. Detrás de los compartimentos o de las divisiones entre bibliotecas se ocultan, muy a menudo, prácticas clasistas y juicios de valor que crean una jerarquía entre bibliotecas de primera clase y de segunda o entre usuarias importantes y menos importantes. Así, según el paradigma bibliotecario actual, basado en la primacía de las tecnologías y en la expansión de lo “electrónico”, las bibliotecas universitarias estarían en la cúspide gloriosa de lo que debe ser una biblioteca y desde allí, descendiendo, llegaríamos a las bibliotecas públicas o a las bibliotecas escolares (cuando las hay) de barrios marginales o pequeñas localidades. ¿Quién decide lo que es para todas o sólo para unas pocas? ¿Quién decide que alguien es o no una investigadora? ¿Qué medios se están poniendo para que todas podamos acceder a documentos que no están disponibles en la biblioteca que nos atiende pero sí en otras?

Otro aspecto del derecho a la información está relacionado con la variedad de enfoques que podemos encontrar sobre un mismo tema. Algunas bibliotecas semejan paradigmas del pensamiento único. Es como si trabajaran sólo para un tipo de usuaria “macho-blanco-occidental-español-vabien”. Bajo el lema de darle a la gente lo que ella quiere no es extraño que se jibarice el concepto “gente” para reducirlo a un único grupo social, un único género y un mismo origen étnico.



Por otra parte, es un hecho que un sector importante de la profesión bibliotecaria está cómodamente instalado en “cuestiones técnicas” y levita en un mundo “ideal” de bytes, plataformas de comunicación, digitalizaciones y protocolos. A la supuesta asepsia de la catalogación le viene a sustituir ahora la tecnología desideologizada.

A las bibliotecarias nos ha costado siglos damos cuenta de que nuestro trabajo tiene sentido si alguien utiliza nuestros productos. Primero se glorificaron los objetos. Lo más de lo más era tener muchas cosas para guardar y preferentemente muy antiguas. Ese sentimiento conservacionista y patrimonialista no nos ha abandonado pero históricamente se vio sustituido por la obsesión “técnico-profesional”: ¿quién cataloga más fino?, ¿quién clasifica más y mejor? El resultado: horas y horas de trabajo y energía para exhibir registros bordadísimos, tricota-

dísimos, entalladísimos (que hay que ponerse una faja de ballenas para encajarlos), clasificaciones largas como fulares y catálogos no siempre pensados para que la recuperación sea fácil y adaptada a las necesidades de nuestras usuarias. Es cierto que ahora lo de catalogar ya se ve súper trasnochado, una actividad que no está mal para bibliotecarias mayores y/o poco ambiciosas, pero el nuevo panorama no está menos fósil.

Y no es que NOSOTRAS [mariquillas las primeras en esto de las novedades] no creamos en la necesidad de cambiar las formas de trabajar dentro de las bibliotecas o de dirigirnos a nuestras clientas sabiendo quiénes son, de dónde vienen y qué planes tienen o de adoptar nuevos formatos, cacharros y técnicas. En lo que a tecnologías se refiere la sociedad es la que marca lo que se adopta (sin olvidarnos de las multinacionales, claro) y las bibliotecarias no podemos permitirnos el lujo de mirarnos el ombligo. Pero a NOSOTRAS [irredentas mal pensadas] se nos ocurre que tanta “gestión de recursos humanos”, tanto “marketing de servicios”, tanta “tecnología de la información” y tanta “digitalización” nos pueden dejar plantadas en el mismo sitio de siempre: sirviendo a una minoría, ejerciendo de guardianas, insensibles ante las necesidades de una parte de nuestro público. O sea, apoltronadas y conservadoras por mucho que nos disfrazemos de colaboradoras de la NASA.

En respuesta a este panorama se creó en 1990 la **Progressive Librarian Guild**, una asociación afiliada a la Social Responsibilities Round Table de la American Library Association, que aglutina a personas bibliotecarias “preocupadas por la rápida caída de nuestra profesión en dudosas alianzas con los negocios y la industria de la información, y en la aceptación complaciente de servir al *status quo* político, económico y cultural”. Este grupo edita *Progressive Librarian* [<http://www.libr.org/PL>] una revista electrónica que funciona como un foro dedicado a los análisis críticos, no conformistas, en biblioteconomía. Allí se pueden encontrar artículos, críticas de libros, informes y documentos que exploran perspectivas progresistas en temas biblioteconómicos y de información. Entre los enlaces que ofrecen hay un directorio de grupos de bibliotecarias progresistas en todo el mundo.

Las compañeras británicas tienen su asociación y su página: **Information for Social Change** [<http://www.libr.org/ISC/>] que también publica una revista con igual cabecera. Su principal preocupación es analizar la forma en la que la información es controlada y mediatizada y su influencia sobre las formas de pensar de la gente, sobre su manera de comunicarse y sobre su idea de lo que es “el mundo real”. Y no nos engañemos, estas visiones sesgadas de lo que ocurre son aplicables tanto a la información que procede de los *mass media*, como a la que se encuentra en las librerías o en las bibliotecas. En esta página encontraréis no sólo denuncias de situaciones reales sino alternativas para que puedan circular otro tipo de ideas distintas de las que imponen los circuitos establecidos.

La Web de las Bibliotecarias Anarquistas, **Anarchist Librarians Web**, está cargada de recursos y noticias. No hay que asustarse con eso de que son anarquistas porque en su página [<http://www.infoshop.org/library2/stories.php>] hay mucho orden y mucha información interesante para bibliotecarias “que trabajan por un mundo mejor y por unas bibliotecas responsables socialmente”. No olvidemos que la filosofía anarquista puede ser una buena herramienta intelectual para, por ejemplo, analizar los temas relacionados con el abuso de poder por parte de los gobiernos, la libertad individual, temas ecológicos, etcétera. Allí encontraréis mucha literatura sobre los filtros en Internet (ese intento por parte de las autoridades de mantener nuestra “pureza”), censura (esa mala costumbre de decidir lo que puede hacer daño a los demás), propiedad intelectual, ética para profesionales de la información y otros asuntos.

Library Juice: to promote the library paradigm (and to have fun) aparece en Internet cada miércoles por la noche (más o menos). La persona responsable de su edición y publicación es Rory Litwin y actúa desde Sacramento, California. Esta publicación electrónica [<http://www.libr.org/Juice>] mantiene que las bibliotecas deben democratizar sus modelos de organización y sus métodos para tomar decisiones e insiste en la necesidad de que incluyan materiales alternativos entre sus fondos. Según su “paradigma bibliotecario” las bibliotecas son especiales por ser a la vez comunitarias,

libertarias y modelos para una economía sostenible al favorecer políticas no consumistas.

En esta línea no consumista está **Spunk Press** [<http://www.spunk.org/>] un proyecto editorial independiente de orientación anarquista que recopila materiales en formato electrónico para ponerlos a disposición de la gente totalmente gratis. Para ello recopilan fanzines, folletos, libros, artículos, entrevistas, pósters y cualquier otro material en cualquier lengua. Spunk Press está gestionado por un equipo editorial con miembros en los Países Bajos, Suecia, EEUU, Italia y el Reino Unido. Si alguien quiere mandarles algo puede utilizar el correo electrónico o enviar un disquete por correo normal.

Para localizar recursos, divertir a las amigas y confundir a las enemigas... entra en **Library Underground** [<http://www.libraryunderground.com/>] una guía para la cultura bibliotecaria alternativa en la Web. Esta página es un proyecto personal de James y Matthew que además ofrecen la posibilidad de apuntarse a una *listserv* y recibir informaciones periódicamente.

Y como punto final para esta recopilación en la que no están todas las que son, una página en castellano: **La Biblio** [<http://www.sindominio.net/labiblio>]. Biblioteca nómada donde las haya, porque llevan desde 1994 desafiando las leyes de la gravedad y cambiando de sede. La Biblio es una biblioteca autogestionada y un punto de información en Lavapiés, con más de 4.000 libros y un archivo de las actividades de los movimientos sociales y vecinales de los últimos años. Allí, por ejemplo, se dan clases gratis de castellano a las inmigrantes, tengan o no papeles, y se ofrece un espacio abierto y libre, no mercantil, que se gestiona en función de las necesidades de las usuarias. Y usuaria es quien quiera serlo. Estas y otras cosas relacionadas con el movimiento okupa y las luchas sociales se pueden consultar en su página Web. Al día de hoy, La Biblio está amenazada de desalojo en su sede actual (Calle Amparo, 2, Madrid).

Nuestro goce es más fuerte que vuestro miedo

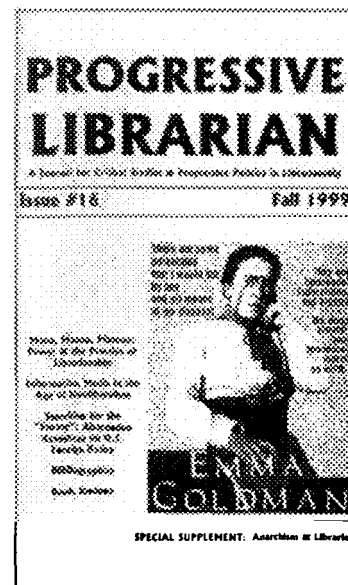
NOSOTRAS [trópicoutópicobibliotecarias] creemos que las bibliotecas tienen

alguna función que cumplir en la lucha contra los prejuicios y nos parece que en todo lo relacionado con el mundo gai/lésbico/trans pueden encontrar un campo de acción envidiable. Los maricas, las bolleras y los/las transexuales continuamos sin tener reconocidos algunos derechos fundamentales. Que vivo con una marica de un país no homologado por la Unión Europea (la lista es enorme) ¡Ah!, se siente, que se busque la vida para conseguir papeles porque lo nuestro no es matrimoniabile. Que una pareja de bollos o gais llega a la relación con un retoño o quieren adoptar como pareja... Lo que faltaba. Que una se siente mujer, tiene apariencia de mujer y en el carné de identidad pone Manuel Alberto... Pues a apechugar con el rechazo social y las situaciones absurdas porque cambiar la identidad en el DNI son palabras mayores. Podemos cambiarnos la forma y el tamaño de todas las partes del cuerpo con sólo pagar, pero la identidad la deciden los jueces y los médicos. Y de pensiones, herencias, permisos por matrimonio, descuentos por cónyuge... Nada, nada, hasta ahí podíamos llegar. La sociedad continúa exhibiendo su rechazo en el seno de todas sus instituciones. La homofobia está penada en el código civil del Estado Español, pero campea fétida por calles y pasillos.

Las bibliotecarias inquietas que ofrezcan recursos sobre gais, lesbianas y transexuales a sus usuarias estarán haciendo un favor a toda la comunidad a la que atienden y no sólo al supuesto 10 % de personas con una opción sexual diferente. La homofobia (como el racismo, el fascismo, el sexismo y otros comportamientos excluyentes) es un cáncer moral para toda la sociedad y no sólo para quienes padecemos sus consecuencias directamente.

Cada vez hay más materiales en el mercado editorial que permiten crear una colección actual, no ofensiva y útil para ofrecer información a quienes quieran enterarse pero, como en casi todo, la Red también nos ofrece recursos interesantes y, sobre todo, da buenas ideas.

Y esta vez comenzamos con una página en castellano que mantiene Javier Sáez (sociólogo, insumiso y nómada). En su **Página Social de Hartza** [<http://www.hartza.com/>] podemos consultar *Queeremos saber, el fanzine maribollo de Internet*, en donde se pueden leer interesantes artículos



de escritoras *queer*, reseñas de libros y enlaces jugosos. Estas páginas ofrecen una visión del mundo gai y lésbico alejado de estereotipos. Ideal para quienes se hartaron de cuerpos jóvenes y musculados, listas de tiendas de moda y anuncios de depilación definitiva o para quienes, sin hartarse del todo, piensan que la vida debe ofrecer algo más.

Imprescindible para todas las bibliotecarias es la página de la **Gay, Lesbian, Bisexual and Transgendered Round Table** de la American Library Association (ALA) [http://www.calvin.usc.edu/~trimmer/ala_hp2.htm] un ejemplo de asociacionismo activista. Las compañeras norteamericanas llevan desde 1970 saliendo del armario y entrando en las estanterías. Esta asociación concede todos los años unos premios (uno para ficción y otro para ensayo) y presenta mesas de trabajo dentro de las Conferencias anuales de la ALA. La de este año es sobre el papel de las bibliotecas en la prevención del SIDA y la del año pasado trató sobre servicios bibliotecarios para personas gais, lesbianas y transexuales con menores a su cargo. Una de sus líneas de trabajo más activa es sobre adolescentes gais y lesbianas y los servicios que la biblioteca les puede ofrecer.

The Lesbian Herstory Archives [<http://www.datalounge.net/network/pages/lha/welc.htm>] es el mayor y más antiguo archivo lesbiano del mundo. Comenzó su actividad en 1973 cuando a un grupo de bolleras universitarias les quedó súper claro que “la única manera de asegurar la preservación de la historia y la cultura lesbianas era crear archivos independientes dirigidos por lesbianas”. Frente a una sociedad heteropatriarcal que niega y/o destruye cualquier vestigio de historia lesbiana estas luchadoras optaron por recoger y preservar todo tipo de materiales relevantes para las vidas y las experiencias de las lesbianas: libros, revistas, fanzines, bibliografías, fotos, información histórica, casetes, películas, diarios, historia oral, poesía, biografías, autobiografías, pósteres, postales, *flyers*, panfletos, etcétera. La consulta de este archivo (se pueden atender solicitudes a distancia) está abierta a todas las mujeres lesbianas, sin restricciones de tipo académico, político, de raza o de clase social. Sus administradoras hacen dos importantes declaraciones de principios: mantener el archivo cerca de la

comunidad (“y no en un campus universitario que está por definición cerrado a muchas mujeres”) e implicarse en las luchas políticas de todas las lesbianas.

En una línea similar está **The Canadian Lesbian and Gay Archives** [<http://www.clga.ca>] que se dedica a recopilar, mantener y conservar información relacionada con la vida de gais y lesbianas en Canadá, aunque cada vez amplían más su radio de acción y reciben donaciones de otros lugares. Por cierto, que es muy bonito el título de la sección en la que hablan de la recepción de donaciones: “Tus recuerdos pueden ser historia y tu basura puede ser nuestro oro”. Los materiales están divididos en dos categorías: documentos de archivo y colecciones de biblioteca. Ambas categorías incluyen materiales en diversos formatos. La página Web es muy completa (incluye una glosario de términos archivísticos) y da una idea de lo que se puede consultar en vivo gracias a las guías. Además organizan exposiciones y editan la revista *Lesbian & Gay Archivist*.

Me pregunto qué estamos haciendo NOSOTRAS, con nuestras técnicas profesionales bien afiladas, viendo como desaparece toda la historia maribollo del siglo XX en el Estado Español.

Espejito, espejito ¿quién es la bibliotecaria menos estereotipada del imperio? O la necesidad de tirar de nuestros propios moños

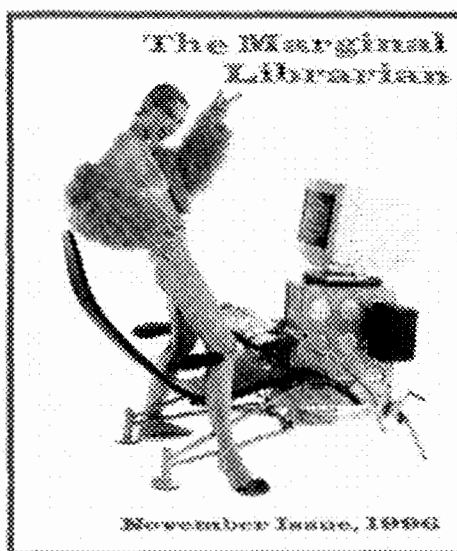
Las bibliotecarias pasaremos de muchas cosas pero nuestra imagen nos obsesiona. Cualquier ocasión es buena para quejarnos de que se nos represente con el sempiterno moño, las gafas caídas sobre la nariz y el dedo (Shiiiiiiiiiiiiiiiiiiii) en los labios fruncidos. No nos faltan motivos para la suspicacia y es algo que cualquiera de nosotras ha podido comprobar cuando dice su profesión en voz alta. Ahora bien, conviene reflexionar un poco sobre los motivos para que esta desagradable imagen persista.

La mayor parte de las personas que han nacido y viven en el Estado Español no han pisado jamás una biblioteca. De pequeñas no conocieron nada que pudiera recibir el nombre de biblioteca escolar. Cuando existía un espacio que era denominado así, por

un rótulo o a través de la tradición oral del centro, su influencia en la vida de las estudiantes y de las profesoras era mínima o reducida a ciertas actividades marginales: castigos, ocio alternativo en días de lluvia, habitación para reunir al rebaño a falta de su pastorcilla, y cosas por el estilo.

Pero, ¿qué podemos decir de quienes sí fueron a las bibliotecas? Se suele dar el caso de que en la ciudad, barrio o pueblo haya un edificio que se nombre como biblioteca y su mera existencia prometa maravillas, pero... La realidad nos devuelve a unas estanterías pobremente pobladas por libros obsoletos, normas y más normas que hacen las cosas difíciles, espacios pensados para que nadie esté cómoda allí, una obsesión por el silencio a cualquier precio... Y en primera línea de atención a las clientas, personas poco formadas para tratar con el público, desconocedoras de lo que la biblioteca tiene o puede ofrecer. Muchas bibliotecarias piensan que estas situaciones pertenecen al pasado pero no es así. Conocemos excepciones a este panorama tercermundista que presentamos y son muchas pero no suficientes.

¿Y qué pasa con ese porcentaje de personas que acceden a la universidad? Pues a veces tampoco se produce el encuentro con el mundo bibliotecario (el sistema de clases con apuntes que se estudian para un examen sigue siendo frecuente) o cuando se produce no es muy alentador. En muchas universidades continúa existiendo un modelo de biblioteca de depósito al que sólo tienen acceso las bibliotecarias y el personal investigador. Para las alumnas es suficiente con los manuales que prescribe la titular de la asignatura. Tampoco es infrecuente que los libros más nuevos e interesantes estén en manos de los departamentos. Es decir, fuera de las condiciones generales de préstamo. En cuanto a los servicios que se ofrecen abundan las tradiciones y la falta de imaginación. No es infrecuente que las personas que atienden en los mostradores de préstamo sean alumnas becarias (que en la mayoría de los casos no reciben ningún tipo de formación, salvo el funcionamiento del sistema de préstamo), colaboradoras sociales (que lo mismo mandan a una biblioteca que a una oficina de administración) o personal auxiliar falto de actualización y necesitado de reciclaje (3). Con este panorama no es extraño que las bibliotecarias no tengamos



una buena imagen aunque el moño no aparezca en el imaginario.

La mayoría de las personas no utilizan las bibliotecas y como consecuencia la imagen que tienen de las bibliotecarias es lejana, distorsionada y muy a menudo estereotipada. Pero entre quienes van a la biblioteca todo depende de lo que se encuentren allí, de nuestra capacidad para recibir, acoger y dar un buen servicio.

En cualquier caso nuestra imagen nos preocupa y NOSOTRAS [lejanas al modelo del moño pero aún más del prototipo rubia-mechada-traje-de-falda-y-chaqueta-contracción-de-salón] no permanecemos ajenas a ese escozor.

Un viaje por Internet nos da un panorama bastante amplio de esta rebeldía bibliotecaria frente a los estereotipos. Encontramos una comunidad variada y viva que responde a diferentes inquietudes vitales.

La mayor parte de las páginas que repasaremos a continuación han sido elaboradas en los Estados Unidos. Este es un dato importante porque si la vida es diversa cuando se unen las circunstancias de ser bibliotecaria y gringa la variedad es en ténico.

Y comenzamos comentando el trabajo de la australiana Amanda Credaro, que se ocupa directamente de recopilar páginas Web que se salen de la imagen tradicional que tenemos de las bibliotecarias. Mantiene una publicación periódica en Internet centrada en la imagen de la profesión, **Warrior**

Librarian Week [<http://www.warriorlibrarian.com/IMHO/stereo.html>], que publica artículos sobre el tema de cómo nos ven y cómo nos vemos. Además de la selección de páginas que nos propone (bastante completa) ofrece, agradable sorpresa, unos cuantos títulos de revistas *on line* sobre bibliotecas escolares. Felicitaciones a la señora Credaro por su dedicación a ese sector de las bibliotecas tan importante y de tan poco lucimiento profesional.

Hay estereotipos que no sólo padecen las bibliotecarias. Entre los que tienen más consecuencias negativas, y más personas padecen, están los que se refieren al cuerpo. El mundo nos quiere jóvenes, sanas y delgadas. Frente a esta tiranía estética (con consecuencias muy poco éticas) han reaccionado las **Fat Librarians** creando una lista de discusión para bibliotecarias gordas, **Fatlibrarians** [<http://list.tbic.org/mailman/listinfo/fatlibrarians>] abierta a gente de cualquier tendencia sexual o identidad de género. Las personas no gordas y no bibliotecarias que se consideren a sí mismas aliadas o admiradoras también son bien recibidas. Podéis haceros una idea de lo que se trata en la lista (por ejemplo, nada de dietas) consultando los archivos y si queréis participar activamente debéis suscribiros.

Luego están esas bibliotecarias que se pasan el día atendiendo las necesidades de información de sus clientas, catalogando libros, buscando en bases de datos, enseñando a buscar en obras de referencia y explicando que todo el conocimiento NO está todavía en Internet. Pero cuando cae la noche, comienzan a sonar músicas exóticas y se produce la transformación: estamos ante **The Bellydancing Librarian** [<http://www.sonic.net/~erisw/bdlib.html>]. Sí queridas, las bibliotecarias que hacen danza del vientre. Que nadie piense que estas compañeras bailan para excitar a "lossereshumanossexuadosmasculinos". Para nada, ellas se lanzan a estas danzas orientales porque las consideran una expresión artística de primera categoría. La promotora de la idea plantea la posibilidad de crear su propio grupo de interés dentro de la American Library Association (ALA) y si consultáis esta página veréis que hay bastantes bibliotecarias dispuestas y expuestas en la Gallery of Bellydancing Librarians!

En algunos casos, la huida de la típica

imagen de bibliotecaria pálida, silenciosa y aburrida lleva a posturas desesperadas como la de Debra Colchamiro, **The Bodybuilding Librarian** [<http://www.stumptuous.com/debra.html>] que mantiene una aburridísima página llena de detalles sobre tablas de entrenamiento, relaciones fracasadas por la falta de ejercicio y desesperantes iniciaciones a nuevos deportes. En fin, tiene que haber de todo y, desde luego, el moño y las gafas adquieren en Debra otra lectura.

Pero, en general, los asuntos profesionales siguen siendo una obsesión que desplaza gimnasios, salones de baile y temas de peso.

Es normal que tal como está el mundo y tal como andan las bibliotecas una se convierta en una catalogadora loca. Katia Roberto (bibliotecaria y nada loca) mantiene **Diary of a mad cataloguer** [<http://www.lis.uiuc.edu/~kroberto/home.htm>] y ofrece, entre otras cosas interesantes, una guía de recursos *queer* en ciencias sociales y una amplia y variada selección de *links* con contenido político. Y como ella misma dice "tus emociones no son otra cosa más que política". No debemos olvidar su selección de páginas con contenidos técnicos para bibliotecarias, con mucha información para catalogadoras.

Jessamyn West es otra bibliotecaria inquieta que mantiene **Librarian.net** [<http://www.librarian.net>] una publicación periódica en Internet con mucha información comentada sobre bibliotecas y bibliotecarias. Si estás harta del fenómeno Harry Potter, de la sacralización del mundo electrónico y del avance de las privatizaciones navega hasta este puerto.

Todas podemos ser bibliotecarias renegadas (de esto, de lo otro, de lo de más allá) y a todas nos puede interesar hacer una visita a **The renegade librarian** [<http://www.renegadelibrarian.com/>] en donde encontraremos recursos de información que ayudarán a crear una biblioteca más completa: cómics y dibujos animados, cultura pop, crímenes y castigos (sobre bibliotecas de prisiones), anarquismo y movimientos radicales, rock & roll, pop, jazz, blues, etcétera.

La música es un auténtico fenómeno de la comunicación entre los jóvenes (y no tan jóvenes) en nuestras sociedades postindustriales. Por eso no es extraño que las bibliotecarias estén interesadas en ese campo para sí mismas y para sus usuarias. Así tenemos

The Ska Librarian [<http://www.geocities.com/WestHollywood/Village/3497/>] con abundante información sobre diferentes estilos de música, sin olvidar direcciones útiles para bibliotecarias que trabajan en ese asunto (asociaciones, guías, archivos de música, etcétera) y salpicada de muchas opiniones personales sobre la música que más odia (por ejemplo). Su *webmistress*, Dan Cherubin, es una rematada queerbibliotecaria y no faltan recursos maribollos.

Y eso es to' eso es to' eso es todo amigas merrybibliotecarias

Aquí lo dejamos, aunque queden muchas direcciones y muchos asuntos en el bolso. Si hay interés, si se nota *feedback*, si no me abducen durante las vacaciones y si EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA lo permite estamos dispuestas a continuar con esta revisión webera.

Quizá a golpe de pantallas este NOSOTRAS termine siendo algo más tangible en el mundo de las bibliotecarias de por aquí.

Sean felices en sus navegaciones y dichosas en sus luchas. ☑

Javier Pérez Iglesias. Ha sido bibliotecaria escolar. Ha trabajado en la Universidad de Cantabria y en EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA. Actualmente es bibliotecaria en la Universidad Complutense de Madrid y archivera (a tiempo parcial) en el Sanatorio del Doctor Esquerdo. jpereziglesias@hotmail.com

Notas

- (1) Este NOSOTRAS merece una explicación. En primer lugar no se refiere a un colectivo, como podrán comprobar quienes lean la firma al final del artículo. Tampoco habla sólo de personas sexuadas femeninas. Es, digamos, un femenino genérico. Todas podemos nombrarnos en femenino porque todas somos personas y no está de más hacerlo en el contexto de una profesión que todavía es mayoritariamente femenina. El uso del femenino a lo largo de todo el texto quiere ser un homenaje al pensamiento feminista que nos ha hecho ver el mundo de otras maneras y que nos permite leer y analizar la realidad más allá de la pantalla heteropatriarcal. El plural NOSOTRAS es el reconocimiento a las compañeras bibliotecarias con las que he intercambiado ideas y experiencias. Vaya por Ángela, Noemí, Toñi, Blanca, Carmen, Kety, Alicia, Pilar, Inés, Santos, Pere, Chus, Loreto, JM, y otras que no llegan al teclado pero permanecen en lo vivido. Se me dirá que utilizo el lenguaje de forma perversa al inventarme un femenino genérico que no existe en castellano. Pues encantada de la vida con la perversión. El lenguaje está para comunicarnos y entendernos no para que en la Real Academia tengan trabajo. El posible error al que pueda dar lugar sobre mi género no me parece significativo.
- (2) Usuarías, clientas, clientas-usuarías, usuarias-clientas. En principio el término usuaria parece más querido. Implica una cierta pertenencia a la biblioteca de quienes reclaman o utilizan nuestros servicios. Parece que la biblioteca pertenece de alguna manera a las usuarias mientras que las clientas traen resonancias de alguien ajeno, externo y ligado a la institución por una relación crematística. Pero si hablamos de centros públicos los servicios ya están pagados por la ciudadanía a través de los impuestos. En cierto modo ya se ha producido la relación comercial por una de las partes. Las usuarias ya han pagado a través de los impuestos para que ellas y toda la ciudadanía (que incluye a quienes no pueden o no deben pagar impuestos) puedan hacer uso de las bibliotecas. Clienta suena mucho más a un discurso de marketing (o mercadotecnia como prefieren las puristas del castellano), tiene resabios neoliberales y parece que hace sonar la campanilla del cobro de servicios cuando se pronuncia. En principio, las usuarias vendrían a la biblioteca (les guste o no) porque no habría otro lugar en donde satisfacer sus demandas mientras que las clientas podrían ir a la biblioteca y si no les gusta o no les merece la pena el viaje buscar en otro lado. NOSOTRAS [defensoras de lo público, pero no de lo miserable] pensamos que las bibliotecas deben ofrecer servicios gratuitos con un alto nivel de calidad y que debemos tratar a nuestras usuarias como si fueran clientas. Es decir, como si nos fueran a pagar por ello al recibir el servicio y como si pudieran elegir entre nuestros servicios y los de otras instituciones o empresas. Cosa que, por otra parte, no es difícil que ocurra y en algunos casos ya está ocurriendo. Pensemos si no en el papel que tienen las bibliotecas como recurso de ocio o en el, tantas veces olvidado, servicio de información a la comunidad.
- (3) No se entienda esto como una visión clasista del trabajo bibliotecario. Para mí las auxiliares (se llamen técnicas o no en la Relación de Puestos de Trabajo) son también bibliotecarias. Lo que no debemos olvidar es que aún permanecen muchas personas en puestos auxiliares que han llegado a las bibliotecas sin una preparación específica (ojo, que en los cuerpos de ayudantas y dificultativas también hay lo suyo) y a las que se encomienda el trato con las usuarias sin la más mínima formación. Tampoco es raro que el personal auxiliar desconozca la misión de la biblioteca para la que trabaja y que no pueda encajar sus funciones dentro de un plan amplio de actuación. La responsabilidad en estas situaciones recae sobre la dirección, naturalmente. Es muy difícil motivarse en una estructura en la que quienes tratan con el público no tienen nada que ver ni con las decisiones que se toman ni con los objetivos de la biblioteca.